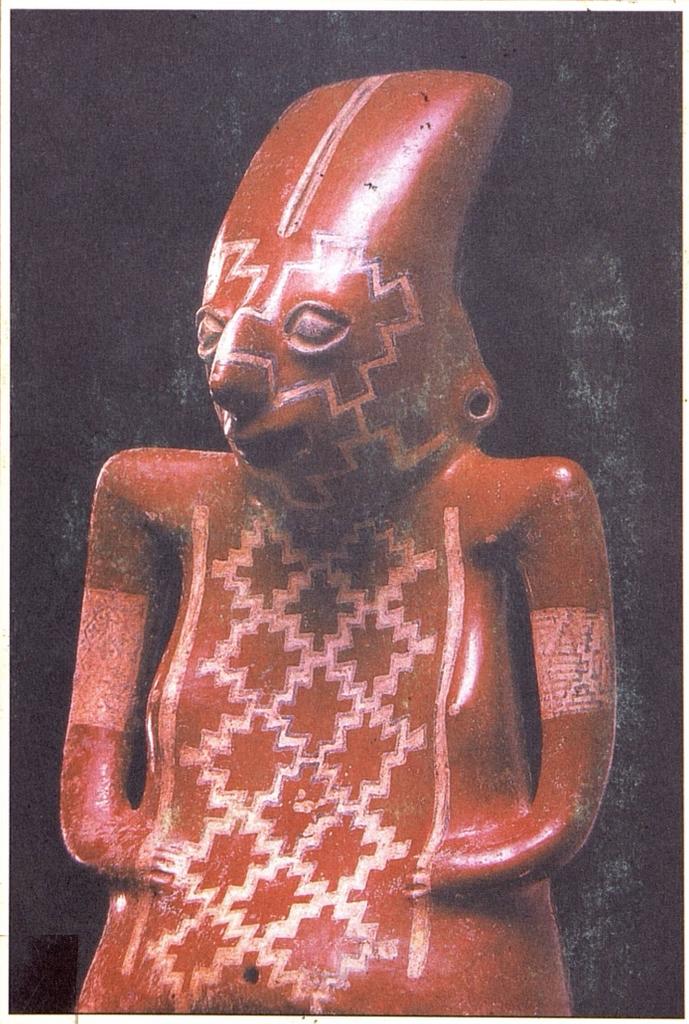


ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA

Eduardo Williams y Phil C. Weigand
Editores



EL COLEGIO DE MICHUACÁN
CENTRO DE INVESTIGACIÓN
EN MATEMÁTICAS

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA
LA REGIÓN DEL LERMA

Eduardo Williams y Phil C. Weigand
Editores



El Colegio de Michoacán



Centro de Investigación en Matemáticas

930.102724 ARQ Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma / Eduardo Williams y Phil C. Weigand, editores. – Zamora, Mich. : El Colegio de Michoacán ; Centro de Investigación en Matemáticas, 1999.
335 p. : il. ; 23 cm.
ISBN 970-679-011-X

1. Arqueología
2. Lerma (Región) - Antigüedades
3. Guanajuato - Antigüedades
4. Michoacán - Antigüedades

- I. Weigand, Phil C., ed.
- II. Williams, Eduardo, ed.
- III. t.

© D. R. El Colegio de Michoacán, A. C., 1999
Martínez de Navarrete 505
Fracc. Las Fuentes
59699 Zamora, Michoacán
publica@colmich.edu.mx

© D. R. Centro de Investigación en Matemáticas, 1999
Calle Jalisco s/n
Mineral de Valenciana
36240 Guanajuato, Guanajuato

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ISBN 970-679-011-X

ÍNDICE

Presentación <i>Eduardo Williams</i>	9
Introducción <i>Phil C. Weigand y Eduardo Williams</i>	17
Algunas consideraciones sobre la arqueología del Bajío <i>Beatriz Braniff C.</i>	33
La arquitectura de patio hundido y las estructuras circulares en el Bajío: desarrollo regional e intercambio cultural <i>Efraín Cárdenas García</i>	41
El Bajío oriental durante la época prehispánica <i>David Charles Wright Carr</i>	75
Elementos chichimecas en las sociedades agrícolas del centro-norte de México <i>Ana María Crespo y Carlos Viramontes</i>	109
Asentamiento prehispánico y cronología cerámica en el noreste de Michoacán <i>Dan M. Healan y Christine E. Hernández</i>	133
Producción de sal en el lago de Cuitzeo, Michoacán: contribución a la interpretación arqueológica <i>Eduardo Williams</i>	157
Santa María, Morelia: un desarrollo cultural local con notables influencias externas <i>Efraín Cárdenas García</i>	213

Materiales cerámicos en la región alteña de Jalisco <i>Jorge Ramos de la Vega y Lorenza López Mestas C.</i>	245
Arqueología en los Altos de Jalisco: el Peñol de Chiquihuitillo y su contexto regional <i>Phil C. Weigand y Acelia García de Weigand</i>	269
Los primeros poblamientos de chichimecas en tierras de Guanajuato: experiencia y pensamiento de los misioneros agustinos (1571-1580) <i>Alberto Carrillo Cázares</i>	287
La conquista y aculturación de los chichimecas del Bajío <i>Cayetano Reyes García</i>	309
Índice toponímico	325

EL BAJÍO ORIENTAL DURANTE LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

David Charles Wright Carr*

[...] en todo lo que los castellanos han andado en tierra de chichimecas, han hallado señales de grandes pueblos y de que la tierra ha sido muy cultivada, lo cual hace creer que fue poseída de gente inclinada a trabajar y edificar, de lo cual totalmente carecen los chichimecas, porque ningún edificio tienen, ni labran, sino poco y en pocas partes; y las opiniones sobre qué gentes fueron las que tuvieron esta tierra son varias; pero la más cierta, parece, que estos chichimecas flecheros echaron de ella a los otomíes, grandes labradores, y puede ser que se despoblase por alguna gran seca, y que se entrasen en ella los flecheros, como ahora están, porque con solas sus flechas, es dificultoso de creer que ahuyentasen a gentes, puestas en grandes pueblos, que en sus casas se pudieran defender.

Antonio de Herrera
*Historia general de los hechos de los castellanos en las
islas y tierra firme del mar Océano*
década 8, libro 6 (1601-1615)

INTRODUCCIÓN

En este ensayo pienso presentar una visión sintética de los estudios realizados hasta la fecha sobre los aspectos arqueológicos y etnolingüísticos del Bajío oriental antes de la llegada de los colonizadores españoles. Este trabajo es parte de un estudio, de alcance más amplio, sobre los

* Universidad del Valle de México, Campus San Miguel de Allende.

orígenes clandestinos de Santiago de Querétaro y San Miguel de Allende, dos asentamientos fundados por refugiados otomíes de la antigua provincia tributaria de Jilotepec, poco después de la caída de México-Tenochtitlan.¹ En primer lugar apuntaré algunas observaciones de carácter general acerca del Bajío oriental, a manera de marco geográfico. Después presentaré un resumen de los estudios arqueológicos realizados en esta subregión durante las últimas décadas. Finalmente comentaré sobre los diferentes grupos etnolingüísticos de la región y sus posibles papeles en los desarrollos culturales, a través de dos milenios de desarrollo cultural por parte de los grupos sedentarios.

Aspectos geográficos

El Bajío tradicionalmente ha sido definido como el conjunto de planicies intercomunicadas, ubicadas en el sur de los estados de Guanajuato y Querétaro, a una altura aproximada de 1,600-2,000 metros sobre el nivel del mar. Sus límites orográficos son la sierra de Pénjamo al poniente, los altos de Querétaro al oriente, la sierra de Guanajuato al norte y una serie de cerros que conforman la vertiente septentrional del eje Neovolcánico al sur (Álvarez, 1987, II: 816-817). En este estudio me enfocaré en la subregión del Bajío oriental, cuyos asentamientos principales (Dolores Hidalgo, San Miguel de Allende, Comonfort, Celaya, Apaseo el Grande, Santiago de Querétaro y San Juan del Río) tienen elevaciones entre 1,750 y 2,000 metros sobre el nivel del mar (Álvarez, 1987, VI: 3,579; XII: 6,742).

El Bajío oriental está regado por el río Laja, que fluye de norte a sur. Pasa cerca de Dolores Hidalgo, San Miguel de Allende y Comonfort hasta Celaya, donde gira hacia el poniente para desembocar en el Lerma. El río Querétaro inicia su curso en el extremo nororiental del Bajío; corre por La Cañada y la ciudad de Querétaro; recibe las aguas de los ríos Jurica y Huimilpan/Pueblito, pasa cerca de Apaseo el Grande, tomando el nombre de este asentamiento, y desemboca en el río Laja cerca de Celaya. En el extremo suroriental del Bajío, al otro lado del

1. Sobre este tema y otros relacionados, véase Wright 1988a, 1988b, 1989a, 1989b, 1993, 1994, 1997.

parteaguas continental, el río San Juan desemboca en el sistema Moctezuma-Pánuco (INEGI, 1988: 174-175).

El Bajío oriental es más árido que las regiones ubicadas hacia el sur y poniente, pero más húmedo que las tierras hacia el oriente y norte. El clima es templado y semiseco, BSh en la clasificación de Köppen. La temperatura no presenta grandes variaciones anuales, con una media anual alrededor de los 20°C. La precipitación media es de aproximadamente 500-700 mm por año; la mayor parte cae de junio a septiembre. Esta subregión recibe el efecto de la sombra pluvial provocado por la Sierra Madre Oriental, aunque no tanto como en el semidesierto queretano hacia el oriente o el valle del Mezquital hacia el sureste. La agricultura de temporal es precaria, con algunos años productivos y otros mezquinos. Predominan las comunidades vegetales tipo matorral crasicaule (arbustos y cactáceas notables incluyen el mezquite, el huisache, el garambullo y varias especies de nopales y agaves). Hay bosques de encino y pino en los cerros (Brambila, 1993; Butzer, 1989; Meagher, 1994; Murphy, 1986; Zamudio *et al.*, 1992).

En 1964 Armillas (1991) publicó un ensayo sobre la relación entre las fluctuaciones climáticas y los movimientos de pueblos en el norte de México. Allí presentó la hipótesis de que “el avance y retroceso de la frontera de civilización mesoamericana en la zona del altiplano puede explicarse en función de cambios ambientales dependientes de la circulación atmosférica” (Armillas, 1991: 223). El hecho de que apenas cae suficiente lluvia en el Bajío para la agricultura de temporal hace atractivo este planteamiento teórico. Una sequía prolongada sería desastrosa para una comunidad de agricultores (Armillas, 1987). Por otra parte deben evitarse los modelos excesivamente simplistas; si bien los cambios de clima pudieron haber jugado un papel en las migraciones de pueblos en la zona norte-central de México, deben considerarse también los factores de tipo sociopolítico (Weigand, 1993: 109-110).

La mencionada hipótesis de Armillas fue puesta a prueba en un trabajo de Brown (1992). Allí se aportan nuevos datos sobre la paleoecología del norte de México, cruzados con los datos arqueológicos. Uno de los perfiles polínicos estudiados por Brown es de un sitio en el Bajío, cerca de la confluencia de los ríos Lerma y Laja. Estos datos tienden a

confirmar la propuesta de Armillas: se detectó una etapa de condiciones relativamente áridas hacia 1000 d.C. Sin embargo no se llegó a conclusiones firmes, debido a la cantidad limitada de muestras.²

Hay que tomar en cuenta que el paisaje ecológico del Bajío oriental, hacia principios del siglo XVI, era distinto a lo que hoy se observa. Había más humedad superficial, con ciénagas estacionales, pastizales vírgenes, sabinos en los márgenes de los ríos y una distribución más amplia de robles y pinos. La introducción de técnicas agrícolas europeas y especialmente del ganado, hacia mediados del siglo XVI, seguramente causó profundas transformaciones en el paisaje³ (Brown, 1992: 99; Butzer, 1989: 95). La invasión ganadera en el Bajío oriental inició durante el gobierno del virrey Mendoza. Él poseía una estancia ganadera en Maravatío; durante la década de 1541-1550 concedió mercedes de estancias, en esta subregión, a empresarios españoles. Durante la administración del virrey Velasco (1550-1564) se implementó una política de expulsar el ganado mayor, desde las zonas agrícolas densamente pobladas de los valles centrales, hacia el Bajío, con el objetivo de evitar los daños en las siembras.⁴

Aspectos arqueológicos

En un trabajo de 1991 (Wright, 1994) intenté resumir los principales estudios arqueológicos, publicados hasta entonces, sobre la frontera nortecentral de Mesoamérica, incluyendo el Bajío. Aquí retomaré el tema, con el enfoque más específico del Bajío oriental, incorporando los datos publicados entre 1992 y 1996.

Los estudios arqueológicos más recientes coinciden en ubicar los primeros asentamientos agrícolas del Bajío, pertenecientes a la tradición Chupícuaro, hacia los siglos V-IV a.C. Parece que hubo una expansión,

2. Para estudios de este tipo vale la pena consultar el banco de datos sobre paleoclimatología mundial en el sitio de internet de la National Oceanic and Atmospheric Administration en Boulder, Colorado (<http://www.dgdc.noaa.gov/paleo/paleo.html>).

3. En la *Relación de la villa de Celaya* (Acuña, 1987: 58) se mencionan sabinos en las riberas del río Apaseo.

4. Sobre el virrey Mendoza, véase Ruiz (1991: 162-174). Sobre la política ganadera de su sucesor Velasco, véase Melville (1994: 24).

desde el extremo suroriental del estado de Guanajuato, hacia una amplia zona del occidente, norte y centro de México durante el Preclásico superior (600-150 a.C.), continuándose durante el Protoclásico (150 a.C.-200 d.C.)⁵ (Castañeda *et al.*, 1988: 322-324). Los sitios del Bajío de este periodo tienden a localizarse cerca de ríos o manantiales. Se ha especulado sobre la posibilidad de la construcción de canales de riego, ya que hay indicios de esta técnica agrícola en Chupícuaro⁶ (Castañeda *et al.*, 1989). Braniff excavó un sitio con materiales relacionados con la tradición Chupícuaro en La Orduña de Abajo (llamada Morales en la literatura), en el valle del río Laja, al norte de Comonfort (Braniff, 1972: 278, 1989: 107). En el sitio de El Cerrito, del suroeste del valle de Querétaro, se encontró una figurilla tipo H4 y algunos tuestos con decoración Rojo sobre bayo tempranos, relacionados con el estilo Chupícuaro (Crespo, 1991b: 112). Pocos kilómetros hacia el sur, en la cima de un cerro, el sitio de Santa Bárbara también ha proporcionado cerámica relacionada con la tradición Chupícuaro de este periodo: Rojo sobre bayo temprano y Rojo (pulido) San Juan (Crespo, 1991a: 112). En el extremo oriental del Bajío, en el Cerro de la Cruz (San Juan del Río), se niveló la cima del cerro para conformar un espacio ritual, con un basamento y edificios de planta rectangular. Allí se halló un entierro con vasijas de estilo Chupícuaro (Saint-Charles y Argüelles, 1991: 68-77). Nalda ha estudiado los diferentes tipos cerámicos del valle del río San Juan; en su tipología hay diez tipos pertenecientes al Preclásico Superior y Protoclásico, predominando las variantes de Rojo sobre bayo y Rojo pulido (Nalda, 1991: 46).

La tradición Chupícuaro fue la raíz de los desarrollos culturales del Clásico en el Bajío y otras regiones hacia el norte y noroeste (Braniff, 1989: 107). En el Bajío oriental del periodo Clásico se desarrolló una cultura con marcadas características propias. Hubo una clara jerarquía

5. Nalda (1991: 46) coloca ciertos tipos cerámicos del sur de Querétaro en los siglos VII, VI y V a.C.
6. Armillas emprendió un reconocimiento intensivo del Bajío, en el cual buscó canales de riego, durante los últimos años de su vida. Después de su muerte en 1984 (Rojas, 1991: 9), Eling continuó con el trabajo de campo. No se encontraron obras prehispánicas; sólo novohispanas. Doolittle (1990: 78) sugiere que si hubo obras de riego en los márgenes de los ríos del Bajío oriental, éstas debieron ser modestas; de otra manera quedarían huellas detectables en el campo.

de asentamientos, con centros rectores que probablemente dominaban a los asentamientos menores (Crespo, 1996). Un análisis detenido de su cultura material revela una serie de “provincias cerámicas” o “territorios” distintos. En el Bajío oriental se han detectado cuatro de estas provincias, correspondientes a los valles de los ríos Laja/Querétaro, Lerma medio, Pueblito y San Juan. El Bajío occidental constituye otro de estos territorios, extendiéndose hacia los Altos de Jalisco (Brambila, 1993: figura 3; Castañeda *et al.*, 1989: 37-39). Sin embargo hay elementos comunes que definen cierta identidad regional interterritorial, como los basamentos asociados a espacios rectangulares definidos por plataformas perimetrales (llamados “patios hundidos”, “patios cerrados”, “plazas cerradas” o “espacios hundidos”), así como variantes de la cerámica Rojo sobre bayo, Blanco levantado y otros tipos (Brambila y Castañeda, 1991, 1993; Cárdenas, 1996; Crespo, 1991a; Jiménez, 1992: 194).

Los materiales cerámicos de varios sitios de esta subregión, durante este periodo, sugieren una vinculación fuerte con Teotihuacán. Estos sitios se caracterizan por la presencia de grandes basamentos: Santa María del Refugio, al sur de Celaya, La Negreta y El Cerrito, cerca del río Pueblito (Brambila y Castañeda, 1993; Castañeda y Cano, 1993). También hay cerámica relacionada con los estilos teotihuacanos, pero de manufactura local, en la zona de San Juan del Río (Castañeda *et al.*, 1988: 326; Castañeda *et al.*, 1989: 38; Crespo, 1991b: 191-192).

Un sitio de excepcional importancia en el Bajío oriental fue San Bartolo Aguacaliente, cuyo desarrollo se centra en el Clásico temprano, hacia los siglos IV y V. Allí se encuentran cinco conjuntos arquitectónicos con patios cerrados (Nalda, 1991: 38, 53). Es interesante notar que los nexos con Teotihuacán parecen ser más notables en el Bajío oriental que en el oeste de la región (Braniff, 1989: 108).

Un rasgo distintivo del periodo Clásico en el Bajío es la cerámica Blanco levantado. Aparece después del tipo Rojo sobre bayo y coexiste con éste durante parte del periodo Clásico. El tipo Blanco levantado usualmente adopta la forma de olla, con pintura blanca postcocción y motivos trazados con líneas negras. Hace décadas Braniff (1972: 278, 303) colocó la aparición de la cerámica Blanco levantado, en la zona del

río Laja, hacia los primeros siglos de nuestra era. Este tipo aparece en los valles de Querétaro a partir de *ca.* 400 d.C., según Crespo (1991a: 133). Un tercer tipo cerámico encontrado con frecuencia en el Bajío es el Garita negro-café, con acabado de color oscuro y decoración incisa en el exterior. Aparece tardíamente, tal vez hacia 600 d.C. (Castañeda *et al.*, 1988: 326).

Se puede detectar una posible frontera cultural, entre el Bajío occidental y el oriental, durante la segunda mitad del primer milenio d.C. El límite entre las dos tradiciones culturales se encuentra aproximadamente en el valle del río Guanajuato. Los asentamientos occidentales presentan similitudes con los sitios de los Altos de Jalisco. Tienden a ubicarse en lugares elevados, defensibles. Se construyen terrazas de cultivo en las laderas (Brambila, 1993: 7; Castañeda *et al.*, 1989: 40; López *et al.*, 1994; Sánchez Correa, 1993: 56). En la arquitectura, encontramos en la subregión occidental la presencia de estructuras dispuestas radialmente en torno a un patio circular con banqueta y altar central (Crespo, 1993: 82-84), configuración claramente afiliada a los “guachimontones” de la Tradición Teuchitlán, centrada en Jalisco (Weigand, 1993). Si bien hay edificios de planta circular en el Bajío oriental, tienen características distintas, encontrándose directamente asociados con patios cerrados (Crespo, 1993: 83-86).

También en la cerámica se percibe esta división del Bajío en dos tradiciones. En el Bajío occidental son más comunes los tipos de cerámica naranja, mientras que en el Bajío oriental predominan los tipos con pintura o engobe de color rojo (Brambila 1993: 7; Castañeda *et al.*, 1989: 38). Jiménez Betts ha propuesto un modelo, en el cual el Bajío pudo haber desempeñado un importante papel de enlace comercial e ideológico entre el noroeste de Mesoamérica y los valles centrales, dentro del concepto de la “interacción entre unidades equipotentes” (Jiménez, 1992). Bajo este enfoque, y considerando los nuevos datos arqueológicos para el Bajío, parece que las dos subregiones del Bajío –la occidental y la oriental– hayan sido dos eslabones claves en una cadena más larga de intercambio. El Bajío occidental parece relacionarse más con las culturas del Occidente (cerámica naranja y complejos arquitectónicos tipo guachimontón), mientras el Bajío oriental parece

mirar hacia los valles centrales de México. Al mismo tiempo las dos subregiones comparten rasgos comunes: complejos arquitectónicos con patios cerrados, cerámica Rojo sobre bayo y Blanco levantado. Estas consideraciones hacen todavía más patente el carácter fronterizo de la región, donde probablemente interactuaban grupos de distintos orígenes y filiaciones culturales.

Se discute todavía sobre el papel de los pueblos del Bajío oriental en el origen de la tradición Coyotlatelco de los valles centrales de México durante el Epiclásico. Algunos arqueólogos (Braniff, 1972: 295-299; Galván, 1991: 302; Rattray, 1996: 214-229) piensan que tal vez los pueblos del Bajío hayan tenido una presencia en los pequeños asentamientos Coyotlatelco que surgieron después de la decadencia de Teotihuacán. Otra corriente postula que la tradición Coyotlatelco corresponde a los descendientes de las poblaciones antiguas de los valles centrales, quienes habían participado en la cultura teotihuacana (por ejemplo, Sanders, 1989: 215). Es importante señalar que la cerámica que se llama "Coyotlatelco" de Tula Chico tiene características distintas a lo que se llama "Coyotlatelco" en la cuenca de México. Cobean piensa que la variante de Tula presenta más similitudes con el Bajío que la variante de la cuenca (Cobean, 1990: 499-500).

Hay quienes toman una posición intermedia, aceptando el papel de los descendientes de los teotihuacanos, junto con inmigrantes del Bajío, en los asentamientos Coyotlatelco de los valles centrales (Mastache y Cobean, 1989: 49, 64-65; Sugiura, 1996: 239). Este modelo es atractivo porque toma en cuenta la existencia, durante el Epiclásico, en una amplia zona que se extiende desde los confines noroccidentales de Mesoamérica hasta los valles centrales, de una serie de estilos cerámicos interrelacionados, todos con decoración roja sobre el color café o bayo del barro cocido (Braniff, 1972: 316, 317; Brown, 1992: 34). Si llegó gente del Bajío a Tula Chico durante el Epiclásico, tal vez fue para re-remendar la red comercial entre el Occidente y el centro de México, dañada por el colapso del Estado teotihuacano.

De acuerdo con el consenso actual entre la mayor parte de los arqueólogos, fue hacia el siglo X cuando los sitios agrícolas mesoamericanos, en la mayor parte del Bajío y en otras regiones de la Mesoamérica

septentrional, experimentaron un proceso de despoblamiento, probablemente de manera gradual, pues hay indicios de actividad constructiva durante el siglo XI en el Bajío oriental⁷ (Brambila, 1993: 7; Braniff, 1989: 109; Brown, 1992: 102; Castañeda *et al.*, 1989: 39-40; Castañeda *et al.*, 1988: 324-327; Sánchez Correa, 1993:56). Este proceso coincide con las fases Corral Terminal y Tollan de Tula, cuando surgió el Estado tolteca (Cobean, 1990: 499-503).

En Tula, durante la fase Tollan (950-1150/1200 d.C.), aparecen tipos cerámicos (notablemente el Blanco levantado) claramente relacionados con el Bajío u otras regiones del norte y occidente de Mesoamérica. La probable manufactura de la cerámica Blanco levantado en Tula desde principios o mediados del siglo X (Cobean, 1990: 449-457) deja poca duda acerca del origen en el Bajío de una parte de la población de Tula durante esta fase.

Después del despoblamiento de los asentamientos de la Mesoamérica septentrional hacia el siglo X, parece que gente vinculada con Tula emprendió una reocupación de algunos de los sitios del periodo Clásico. Hubo una línea de avanzadas toltecas que cruzaba el Bajío oriental. Un sitio importante, con evidentes nexos con Tula, fue El Cerrito, en el valle de Querétaro (Crespo, 1991b). El basamento, de dimensiones descomunales, se construyó sobre otro del Clásico.

Resulta interesante comparar las dimensiones del basamento de El Cerrito con los monumentos de Tula. El basamento queretano mide, en su fase tardía, aproximadamente 130 metros por lado y 30 metros de altura (Crespo, 1991b: 170). El templo B de Tula (llamado “templo de Tlahuizcalpantecuhtli” por Marquina) mide unos 38 metros por lado y diez metros de altura; el edificio A del mismo sitio (“templo del Sol”) mide unos 65 metros por lado (Marquina, 1981: 150). Elementos de El

7. A pesar del consenso mencionado, Nieto (1993: 61-62) y Patterson y Nieto (1986: 23-25) ubican el abandono de los sitios del río Laja en el Postclásico temprano. En el *Simposio sobre Arqueología e Historia del Bajío*, Nieto aportó el dato de una fecha de C14 de 1029 d.C. +/- 40, obtenida de madera carbonizada encontrada debajo del último piso estucado del patio cerrado del sitio Cañada de la Virgen (se encontró un relleno sin acabado encima del piso mencionado).

El gran basamento de El Cerrito, en el valle de Querétaro, también ha proporcionado fechas similares (968 +/- 47 y 1001 +/- 54), aunque en este sitio la presencia de elementos claramente relacionados con la fase Tollan de Tula es mucho más marcada (*cf.* Crespo, 1991b: 165, 168).

Cerrito relacionados con Tula incluyen un altar de cráneos y esculturas monumentales de piedra tipo “chac mool” y “atlante”, así como fragmentos de columnas, relieves, etcétera. Crespo reporta el hallazgo, en El Cerrito, de tipos cerámicos procedentes de Tula, así como tiestos tipo Plomizo del área maya meridional (Crespo, 1991b). Esta presencia tolteca es notoria en otros sitios localizados hacia el norte: Carabino, Guanajuato y Villa de Reyes, San Luis Potosí (Braniff, 1972: 280-281, 1992; Crespo, 1976).

Después de mediados del siglo XII, los sitios del Bajío oriental fueron abandonados. Esta subregión se quedó en manos de diferentes grupos, nómadas y seminómadas. Esta situación prevaleció, en términos generales, hasta la llegada de los invasores europeos (Castañeda *et al.*, 1989: 40-41). Tenemos algunos estudios sobre la cultura material de estos grupos en regiones aledañas al Bajío oriental (Rodríguez, 1985, 1988; Viramontes, 1993), pero queda mucho que hacer en este renglón.

Hay indicios de un repoblamiento de algunas partes del Bajío meridional durante la última parte del siglo XIV y el siglo XV, especialmente por los tarascos (Castañeda *et al.*, 1989: 40, 1988: 330-331; Sánchez Correa, 1993; Zepeda, 1988). Esto es más notorio en el oeste y el sur del Bajío, pero también se han encontrados tipos cerámicos del Estado tarasco en la subregión oriental, en el basamento de El Cerrito (Crespo, 1991b: 191) y en Tepozán, un sitio en la ribera izquierda del río Huimilpan, al sur del valle de Querétaro (Brambila y Castañeda, 1991: 150).

Algunos arqueólogos han reportado en el Bajío oriental la presencia de tipos cerámicos de hacia 1500, procedentes de los valles centrales. Crespo (1991a: 123, 129) menciona “otras cerámicas, como un Rojo texcocano” que “indican la presencia durante fines del siglo XV o principios del XVI, de una población sedentaria en esta loma” (Tlacote, en el norte del valle de Querétaro). En Santa Bárbara, en el extremo sur del valle de Querétaro, Crespo (1991a: 112) reporta “otros [conjuntos cerámicos] más son de época cercana a la conquista, ya sea antes o inmediatamente después de ésta”. Los dibujos correspondientes (Crespo 1991a: 129) están etiquetados como “Olla café 1500 d.C.”, “Rojo

xajay 1500 d.C.”,⁸ “Aztecoide 1500 d.C.” Brambila y Castañeda (1991: 150) mencionan cerámica tardía, procedente del área de dominio mexicana (tipos Azteca III y Rojo sobre guinda), en el sitio de Tepozán.

La presencia de estos tipos cerámicos en el Bajío oriental puede ser explicada mediante tres hipótesis alternativas: 1) la presencia en esta subregión de grupos ligados con los asentamientos (de otomíes y nahuas) de los valles centrales de México durante los últimos decenios de la era precortesiana; 2) el comercio entre los grupos sedentarios establecidos hacia el sur (tarascos, mazahuas y otomíes) y los grupos semisedentarios (pames) del Bajío oriental y 3) la llegada de refugiados sedentarios a esta región en los años siguientes a la Conquista. Los datos etnohistóricos apoyan la segunda y la tercera de estas alternativas, mas no la primera (Wright, 1988a: 36-37, 1989b: 122, 123, 127).

GRUPOS ETNOLINGÜÍSTICOS

*Los otomíes*⁹

En 1520 los otomíes ocupaban una amplia región al sureste de la frontera norte-central de Mesoamérica, especialmente en los valles de Toluca, el Mezquital y México, así como los cerros alrededor de estos valles. También había otomíes en la parte oriental de Michoacán, la región poblano-tlaxcalteca, la zona serrana del sur de la Huasteca y en una colonia, alejada de su territorio ancestral, en Jalisco y Colima (Carrasco, 1950: 27-43; Longacre 1972: mapa).

Los otomíes pagaban tributo a los diferentes Estados que controlaban el Altiplano Central: la Triple Alianza, Tlaxcala, Metztlán y el Estado

8. Actualmente se discute la temporalidad de la cerámica Rojo (inciso postcocción) xajay. Nalda (1991: 46) la fecha dentro del Postclásico temprano (900-1200 d.C.), mientras que Saint-Charles y Argüelles (1991: 91) la colocan en el Postclásico tardío (1200-1520 d.C.). Crespo (citada en Saint-Charles y Argüelles 1991: 91) propone tres hipótesis en torno a esta cuestión: 1) que este tipo cerámico es contemporáneo con la fase Tollan de Tula (ca. 950-1250 d.C.); 2) que abarca todo el Postclásico, desde el siglo X hasta la Conquista; y 3) que es de los siglos XIV y XV.
9. Las ideas expresadas en este inciso sobre los otomíes se desarrollan con mayor amplitud en otro ensayo (Wright, 1997).

tarasco. En el presente ensayo nos interesan particularmente los otomíes de la antigua provincia de Jilotepec, conquistados por la Triple Alianza hacia mediados del siglo XV, durante el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (Galindo, 1980: 7v). Pagaban tributo a los tepanecas de Tlacopan: textiles, trajes militares, alimentos vegetales cultivados y águilas vivas (Barlow, 1947: 42-45; Zantwijk, 1969).

La provincia tributaria de Jilotepec quedaba en la frontera noroeste del imperio mexica; más allá vivían los pames. Esta provincia incluía el noroeste del estado de México y el oeste del valle del Mezquital. Se puede definir una línea de asentamientos fronterizos otomíes, con base en las fuentes documentales de la primera parte de la época novohispana. De oriente a poniente eran: Acambay, Aculco, Nopala, Atlán, Huichapan, Tecozautla y Zimapán. Esta frontera coincide casi exactamente con los actuales límites entre los estados de México e Hidalgo con Querétaro. De esta manera todo el estado de Querétaro quedaba fuera de la provincia de Jilotepec, lo cual significa que quedaba también fuera del imperio mexica y de Mesoamérica. Los pueblos del interior de la provincia de Jilotepec eran Chapa (de Mota), Timilpan, Soyaniquilpan, Tlautla, Xiuhpacoyan, Tollan, Michimoloya, Acaxochitlan, Tepetitlán, Sayula, Chapantongo y Alfajayucan¹⁰ (Barlow, 1949; Barlow, 1990; Galindo, 1980: 31; Castillo, 1974: 252-253; Wright, 1988a: 44, 1989b: 122; Zantwijk, 1969: 139-151). El glifo del juego de pelota (*Tlachco*), que aparece dentro de la provincia de Jilotepec en la Matrícula de tributos (Galindo, 1980: 31r) y el Códice de Mendoza (Castillo, 1974: 252), difícilmente se refiere a Querétaro, como se ha repetido desde el siglo XVII (Sigüenza, 1680: 1, 2, 52). Probablemente se trata de Tasquillo, Hidalgo, pueblo ubicado dentro de los límites de esta provincia tributaria, en su parte noreste (Wright, 1989b: 41-44).

Hay que leer las fuentes históricas novohispanas de manera especialmente crítica para entender el pasado de los otomíes, ya que los historiadores nahuas tienden a menospreciar su papel en el panorama político prehispánico, probablemente para legitimizar el dominio nahua de los

10. Opté por apuntar las formas modernas de los topónimos indígenas, para hacer más inteligible este ensayo, con la excepción de Xiuhpacoyan, pueblo que no pude localizar en los mapas.

valles centrales. Este control fue establecido de una manera firme en el siglo XV, es decir en tiempos relativamente recientes. La historia oficial nahua ha influido en los marcos de referencia y los modelos teóricos de muchos investigadores del siglo XX, restando objetividad a sus estudios. La relativa debilidad de los otomíes hacia 1500 es proyectada con frecuencia hacia el pasado remoto, aparentemente sin justificación (León Portilla, 1984: 93). Basta el ejemplo del reino otomí de Xaltocan durante los siglos XIII y XIV (sean los que hayan sido sus límites) para desmentir el estereotipo de los otomíes como los eternos dominados (Brumfiel y Frederick, 1991; Carrasco, 1950: 258-266; Nazareo, 1940).

Para llegar a una visión más acertada del papel de los otomíes en el desarrollo político, social, comercial y cultural del Altiplano Central, es indispensable tomar en cuenta el panorama lingüístico, especialmente los estudios glotocronológicos sobre la rama otopame. Esta rama pertenece a la gran familia otomangue, la cual se extendía desde el norte de San Luis Potosí hasta Centroamérica (Longacre, 1972: mapa). La glotocronología permite calcular más o menos cuando dos idiomas emparentados se separaron de su raíz lingüística común (Hopkins, 1984: 25-30; Longacre, 1972; Swadesh, 1972). Si bien las fechas arrojadas por la glotocronología son muy aproximadas, con un margen de error de varios siglos en algunos casos (Leopoldo Valiñas, comunicación personal), son útiles para entender algunos aspectos fundamentales de la estabilidad territorial o los movimientos de los pueblos prehistóricos.

La lengua más cercana al otomí es el mazahua; los dos se ramificaron a partir de una lengua ancestral, que podríamos llamar proto-otomí-mazahua, más o menos un milenio antes de la llegada de Cortés. El matlatzinca y el ocuilteco también tienen un origen común, habiéndose diferenciado a partir del proto-matlatzinca-ocuilteco hacia fines del primer milenio d.C. El proto-otomí-mazahua y el proto-matlatzinca-ocuilteco se separaron hacia el cuarto milenio a.C., a partir de un tronco ancestral proto-otopame, lengua hipotética que es ancestral a todos los idiomas de la rama otopame: otomí, mazahua, matlatzinca, ocuilteco, pame del norte, pame del sur y jonaz (Hopkins, 1984: 43).

Si observamos el mapa de la distribución espacial de las lenguas otopames en el siglo XVI (Longacre, 1972: mapa), vemos que esta dis-

tribución presenta un paralelo estrecho con la relativa divergencia lingüística de las lenguas: las que son similares, es decir, más estrechamente emparentadas, están juntas en el mapa. El otomí y el mazahua, grupos lingüísticamente hermanados, son vecinos en la frontera norte-central de Mesoamérica. El matlatzinca y el ocuilteco, con pocos siglos de divergencia, están lado a lado en el oeste del Altiplano. Los grupos más remotos en términos de siglos de divergencia lingüística –pame del sur, pame del norte y jonaz– se ubicaban al norte de la frontera de la civilización, en los estados de Guanajuato, Querétaro y San Luis Potosí. Este paralelo temporal-espacial demuestra que los otomíes y sus parientes lingüísticos más cercanos (mazahuas, matlatzincas y ocuiltecos) tienen raíces milenarias en los valles centrales de México. Su presencia en la región debe ser anterior a la diversificación interna de la rama, o sea, durante la transición entre la vida nómada y la vida sedentaria del periodo Arcaico (5000-2500 a.C.). La visión –todavía muy difundida– de un origen norteño de los otomíes es difícil de sostener cuando se consideran los datos lingüísticos.

Tomando en cuenta lo anterior, es probable que los proto-otopames de Mesoamérica (antepasados de los otomíes, mazahuas, matlatzincas y ocuiltecos) hayan constituido la mayor parte de la población de los valles centrales durante los periodos Preclásico, Protoclásico y Clásico. En cuanto al Bajío oriental, la presencia teotihuacana, sugerida por ciertos tipos cerámicos, podría indicar una presencia directa de los otopames mesoamericanos. ¿Cuál pudo haber sido la filiación étnica de la mayor parte de la población del Bajío oriental durante el Preclásico Superior, Protoclásico y Clásico? La pregunta es muy difícil de contestar. El Bajío oriental se encuentra en una zona fronteriza, entre las familias lingüísticas yutoazteca, otomangue y tarasca. Es probable que grupos pertenecientes a las tres familias estuvieron presentes de alguna manera en los asentamientos de la Mesoamérica septentrional. Es posible que ciertos grupos otopames de los valles centrales hayan establecido una presencia física en la zona, especialmente durante el periodo Clásico, y que sus descendientes hayan regresado al centro cuando se abandonaron los asentamientos del norte. Los tipos cerámicos y su decoración son de poca utilidad para resolver esta interrogante de manera

directa, ya que las fronteras estilísticas, en la historia del arte, tienden a hacer caso omiso de las fronteras lingüísticas.

Los nahuas

Cuando llegó Cortés al Altiplano Central de México, los nahuas dominaban buena parte de Mesoamérica, a través de la Triple Alianza y otros Estados menores que no habían sido conquistados por los mexicas y sus aliados. Hay una tendencia marcada, hoy en día, de proyectar esta hegemonía nahua hacia el pasado (Coe, 1994: 105; Manrique, 1975: mapa 9). En realidad, la situación que encontró Cortés fue el resultado de un largo proceso de la expansión gradual del poderío nahua. Este proceso coincide, en los valles centrales, con un proceso paralelo de la pérdida por parte de los otopames mesoamericanos de su territorio, recursos y poder político.

La tierra de origen de los nahuas se encuentra en Occidente, probablemente en la región de los estados de Colima, Jalisco y Nayarit. Esto se deduce de los datos lingüísticos. En esta región se encuentran los primos lingüísticos de los nahuas: los huicholes y los coras. Las lenguas náhuatl, huichol y cora pertenecen a la rama aztecoide de la familia utoazteca. La lengua proto-aztecoide empezó a diversificarse internamente hacia fines del segundo milenio a.C. (Swadesh, 1956). Así es que las raíces más profundas del náhuatl se encuentran en Occidente. Hay otras lenguas, más estrechamente emparentadas con el náhuatl: el pochuteco, hablado en la costa de Oaxaca, se separó del proto-nahua hacia el siglo VI. Hacia el mismo tiempo se separó otra variante, encontrada en Xochitlahuaca, Guerrero, cerca del río Balsas. Hacia el periodo Epiclásico se separó la lengua náhuatl (también llamada pipil), hablada en Centroamérica y en los estados de Puebla y Veracruz. Hacia mediados del Postclásico temprano se separó la lengua náhuatl (hablada en los estados de Sinaloa, Jalisco, San Luis Potosí, México y Guerrero) (Kaufman, 1974: 49; Luckenbach y Levy, 1980; Swadesh, 1956: 175). Así es que no hay indicios glotocronológicos de migraciones nahuas antes de la decadencia de Teotihuacán (Campbell, 1979: 968-969; Kaufman, 1974: 48-49), fuera de la separación del pochuteco, la cual

sugiere un movimiento hacia el sureste, sobre la costa del Pacífico, y del xochitlahuaco, indicando una migración dentro del Occidente mesoamericano.

Los estudios lingüísticos sugieren que los proto-nahuas se estaban dispersando hacia diferentes regiones de Mesoamérica, desde sus tierras ancestrales en Occidente, durante los periodos Epiclásico y Postclásico temprano. Desde Sinaloa hasta Centroamérica, encontramos lenguas nahuas poco diferenciadas: el náhuatl en el norte, el náhuatl en el centro y el náhuatl en el sureste. Fuera de las dos excepciones mencionadas (las lenguas aztecoides de Pochutla y Xochitlahuaca), toda la diversificación interna del náhuatl/náhuatl/náhuatl se dio a partir del Epiclásico, de acuerdo con los estudios glotocronológicos (Luckenbach y Levy, 1980: 456-458). Si comparamos esto con la profunda diversidad interna de la rama otopame en el Altiplano Central, es evidente que los otopames tienen raíces mucho más profundas en esta región que los nahuas.

El registro arqueológico de los valles centrales tampoco apoya la hipótesis de una llegada de inmigrantes desde el Occidente antes de la decadencia de Teotihuacán; sin embargo para los siglos VIII-XIII hay abundantes indicios de migraciones en este sentido. Las fuentes históricas de principios de la época novohispana también hablan de la llegada de varias oleadas de norteños a los valles centrales durante el mismo lapso. De esta manera los datos lingüísticos, arqueológicos e históricos refuerzan la idea de la llegada de los nahuas a los valles centrales de México a partir del Epiclásico y durante el Postclásico temprano.

El Bajío se encontraba entre el noroeste de Mesoamérica y los valles centrales, geográfica y culturalmente hablando. Como región de frontera, pudo ser un lugar de encuentro entre las dos grandes tradiciones culturales del periodo Clásico: la de Occidente (de filiación yutoazteca)¹¹ y la de los valles centrales (de filiación otopame). Hemos visto que el Bajío occidental tiende a reflejar la tradición del Occidente de Mesoamérica, mientras el Bajío oriental refleja más las culturas ubicadas hacia el sureste, aunque ambos comparten rasgos comunes: raíces en la

11. Esta cultura, con tumbas de tiro y complejos arquitectónicos de tipo guachimontón, puede estudiarse en varios trabajos recientes: Cabrero (1989); Galván (1991); López *et al.* (1994); Weigand (1993).

tradicción Chupícuaro, complejos arquitectónicos con patios cerrados y tipos cerámicos propios de la región. Es posible que los nahuas hayan tenido un papel clave en el Bajío, y que hayan penetrado desde esta región en los valles centrales (particularmente en Tula Chico) durante el Epiclásico, aprovechando el vacío resultante del colapso del Estado teotihuacano. Cuando se desplomó la Mesoamérica septentrional, a partir del siglo IX o X, probablemente llegaron migraciones importantes de nahuas, desde el Bajío y otras regiones de la Mesoamérica septentrional, a los valles centrales.

Los tarascos

En el momento de la Conquista los tarascos contaban con un Estado bien organizado que dominaba una amplia región, la cual coincidía aproximadamente con el moderno estado de Michoacán. Su núcleo político y cultural se encontraba alrededor del lago de Pátzcuaro (Stanislowski, 1947). Los pueblos tarascos de la frontera norte de su Estado, colindando con el territorio de los nómadas guachichiles, guamares y pames, eran Jacona, Puruándiro, Yuriria, Acámbaro y Maravatío (Alcalá, 1988: 208-212; Stanislowski, 1947: 47-48). Al oriente estaban los otópames mesoamericanos: otomíes, mazahuas y matlatzincas. Los tarascos recibían a colonos otópames en sus poblaciones fronterizas, para que sirvieran de protección contra las incursiones militares de la Triple Alianza. Una de estas comunidades multiétnicas fue Acámbaro, la cual se tratará en otro inciso (Acuña, 1987: 60-63, 186, 276, 277; Ciudad Real, 1976, II: 59, 169).

La *Relación de Michoacán*, escrita hacia 1540 (Alcalá, 1988), habla de la llegada a la cuenca de Pátzcuaro de los *uacúsechas* (águilas) desde un lugar de origen cerca de Zacapu, a pocos kilómetros hacia el noroeste del lago de Pátzcuaro. Sus descendientes serían la clase dirigente del Estado tarasco. El tiempo aproximado de su llegada, hacia fines del Postclásico temprano (Castro-Leal *et al.*, 1989), coincide con el abandono definitivo de la Mesoamérica septentrional y el colapso del Estado tolteca. Por la cercanía de los tarascos con nuestra área de estudio, y considerando la tendencia general de los movimientos de norte a sur

durante el Postclásico, hay que considerar la posibilidad de que miembros de este grupo hayan habitado parte del Bajío durante el primer milenio d.C. Un estudio reciente de Pollard (1995, 1996) presenta datos importantes sobre el surgimiento del Estado tarasco, mencionando una sequía prolongada en la cuenca de Pátzcuaro durante el Epiclásico y el Postclásico temprano, así como datos arqueológicos que ayudan a entender la relación de esta zona lacustre con Teotihuacán y el Bajío durante el Clásico. Los datos arqueológicos que Pollard presenta para el sitio de Urichu, en la parte occidental de la cuenca de Pátzcuaro, sugieren que en la *Relación de Michoacán* se exagera el papel de Pátzcuaro y Tzintzuntzan en la formación del Estado tarasco.

Los pames

En el siglo XVI los pames vivían inmediatamente al norte de la frontera norte-central de Mesoamérica, en el Bajío occidental y oriental, ocupando prácticamente todo el estado de Querétaro –valles, semidesierto y sierra Gorda–, las zonas aledañas de Hidalgo y San Luis Potosí, tal vez extendiéndose hasta el sur de Tamaulipas (Acuña, 1987: 370; Casas,¹² 1968: 154; Chemin, 1984: 37; Nava, 1995b: 284; Powell, 1977: 52). Los pames de tiempos históricos no reunían la gama completa de características culturales para ser clasificados como un pueblo mesoamericano, pero tenían más en común con sus vecinos civilizados del sur que la mayor parte de los nómadas cazadores y recolectores de la Gran Chichimeca. Entre los rasgos que los asocian con los grupos mesoamericanos se pueden nombrar: el cultivo del maíz y otras plantas (en combinación con su economía de caza y recolección); cierta estratificación social; un complejo ritual con templos, sacerdotes y representaciones escultóricas de deidades, así como ritos para la extracción de sangre del cuerpo para rociar la milpa (Acuña 1985: 102; Armillas, 1991: 218; Powell, 1977: 245; Soustelle, 1993: 538).

12. El documento registrado bajo el nombre de Gonzalo de las Casas en la bibliografía del presente estudio, es en realidad obra del fraile agustino Guillermo de Santa María, de acuerdo con datos proporcionados por el doctor Alberto Carrillo (comunicación personal), quien tiene en preparación un nuevo estudio crítico de las dos versiones conocidas de ese documento.

La ramificación del proto-pame en pame del norte y pame del sur, ubicada mediante estudios glotocronológicos hacia principios de nuestra era (Hopkins, 1984: 43), tal vez sea un reflejo lingüístico del establecimiento de grupos mesoamericanos del sur en su antiguo territorio.

La presencia de los pames del sur en el Bajío oriental en el siglo XVI hace que sean particularmente importantes para el presente estudio. La posibilidad de que sean los descendientes “empobrecidos” de los habitantes mesoamericanos de esta subregión fue explorada por Armillas, (1991: 218-219):

Las palabras que designan sementeras y plantas cultivadas en el idioma pame y sus afines otomí y matlatzínca parecen tener raíces comunes proto-otomianas lo cual, de confirmarse, indicaría que la práctica del cultivo era antigua entre los pames, no producto de transculturación reciente; ello hace sospechar que la cultura pame histórica fuera resultado de empobrecimiento de la economía, que habría sido causado por la deterioración de las condiciones ambientales en la zona de transición entre la pradera y la estepa, conservando como reliquia de tiempos más prósperos la superestructura característica de sociedades avanzadas.

Es probable que los pames participaron de alguna manera en las culturas mesoamericanas del Bajío oriental a través de la prehistoria. La probable presencia en esta subregión de grupos cuyos descendientes fueron plenamente mesoamericanos en el momento de la Conquista –otomíes, nahuas y tarascos– sugiere que los pames pudieron haber tenido un papel subordinado dentro de las jerarquías políticas, económicas y sociales de la región. Por otra parte, la sobrevivencia de prácticas rituales de tipo mesoamericano habla de cierta integración de los pames en las sociedades mesoamericanas del Bajío. Es probable que esta integración iba más allá del intercambio de bienes. El comercio entre pames y otomíes, durante los años inmediatamente antes y después de la Conquista, está documentado en la *Relación geográfica de Querétaro* (Wright, 1989b: 122-124).

Los nómadas: jonaces, guamares y guachichiles

Los jonaces son el grupo más remoto –geográfica y lingüísticamente hablando– de la rama otopame. Fueron nómadas cazadores y recolectores,

sin presentar los rasgos mesoamericanos que tenían sus vecinos pames. Los jonaces habitaban el noroeste de Guanajuato y la sierra Gorda queretana, donde lograron resistir la dominación europea hasta el siglo XVIII. Algunos jonaces fueron congregados en la misión jesuita de San Luis de la Paz en 1590, al término de la Guerra Chichimeca; hoy sobreviven sus descendientes (Driver y Driver, 1963; Lastra, 1984; Nava, 1995a).

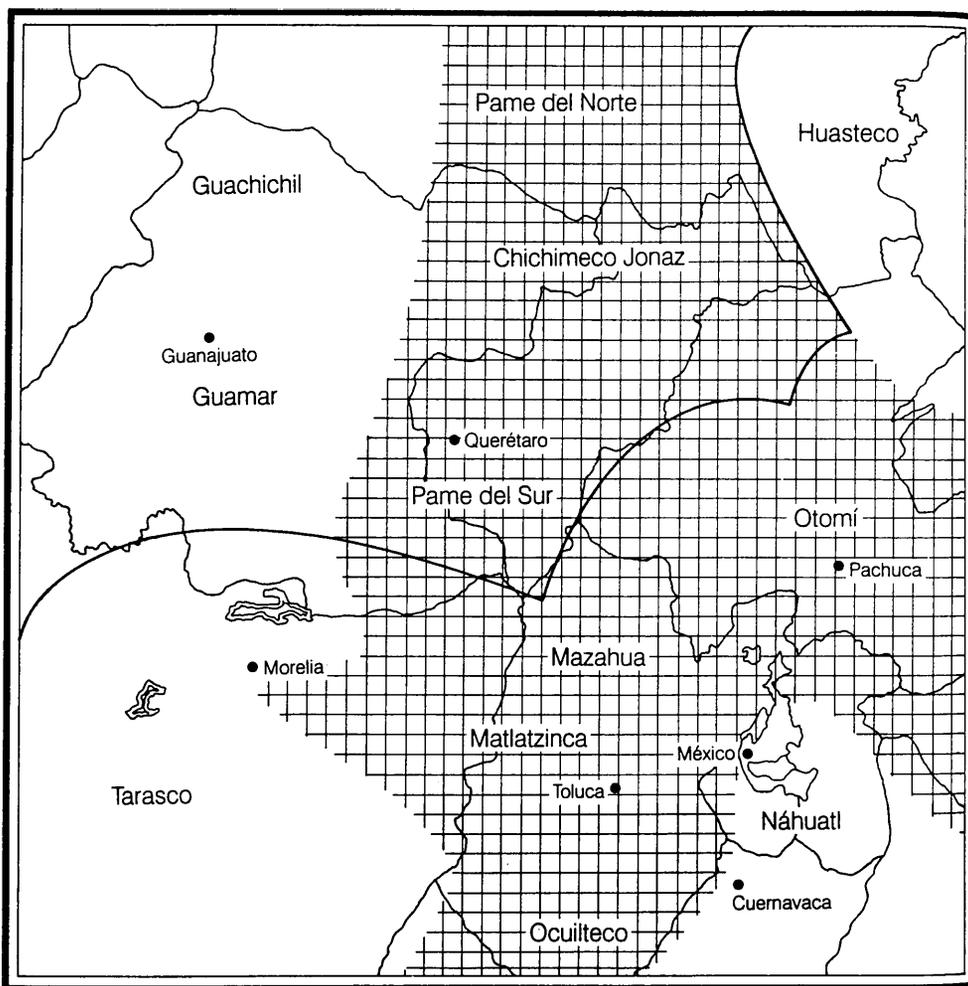
Los nómadas guamares ocupaban parte de la Gran Chichimeca, al norte del Estado tarasco y al oriente del territorio de los pames. De poniente a oriente, se extendían desde Lagos y Aguascalientes hasta el río Laja; de norte a sur, llegaban desde San Felipe y Portezuelo hasta el río Lerma (Acuña, 1987: 371; Casas, 1968: 154, 155; Powell, 1977: 52). Ocuparon toda la parte occidental del estado de Guanajuato. Parece que había varios grupos de guamares, hablando dialectos diferentes de una lengua común, la cual probablemente pertenecía a la familia yutoazteca (Casas, 1968: 154, 155). Si habitaban la misma zona durante el primer milenio d.C., los agricultores hubieran tenido que establecer relaciones de algún tipo con ellos. Otra posibilidad es que hayan llegado cuando los agricultores estaban abandonando la región o después.

Los guachichiles son un grupo que controlaba un territorio especialmente amplio, hacia el poniente y norte de los guamares, en Jalisco y San Luis Potosí. Es otro grupo plenamente nómada, adaptado a las tierras áridas de la Gran Chichimeca. Probablemente hablaban una lengua yutoazteca. Durante la Guerra Chichimeca, en la segunda mitad del siglo XVI, mostraron una gran capacidad para crear alianzas tribales contra la invasión europea de su territorio (Acuña, 1987: 371; Casas, 1968: 155-156; Longacre, 1972: mapa; Powell, 1977: 48-52).

CONCLUSIÓN

Las culturas prehispánicas del Bajío oriental presentan características distintivas durante los diferentes periodos de su prehistoria. Estudios arqueológicos recientes permiten entender, de manera tentativa, las relaciones entre estas culturas y sus vecinos. Si cotejamos los datos

arqueológicos con información lingüística e histórica, podemos formular algunos planteamientos, también tentativos, sobre los papeles desempeñados por diferentes grupos etnolingüísticos en los procesos culturales de la parte septentrional de Mesoamérica. Es necesario seguir analizando estos procesos para poder entender los desarrollos históricos posteriores, que corresponden a la colonización del Bajío por grupos mesoamericanos y europeos durante la época novohispana.



 Extensión aproximada de los idiomas Otopames

 Frontera de la civilización mesoamericana

 Capital moderna

La distribución de los grupos lingüísticos en la frontera norte central de Mesoamérica, hacia 1520 d.C.

REFERENCIAS CITADAS

ACUÑA, René (editor)

1985 *Relaciones geográficas de México*, vol. 1, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

1987 *Relaciones geográficas de Michoacán*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

ALCALÁ, Jerónimo de

1988 *La Relación de Michoacán*, Francisco Miranda, editor, México, Secretaría de Educación Pública.

ÁLVAREZ, José Rogelio (director)

1987 *Enciclopedia de México*, 2ª ed., 14 vols., México, Enciclopedia de México/Secretaría de Educación Pública.

ARMILLAS, Pedro

1987 “Chichimecas y esquimales: la frontera norte de Mesoamérica”, en *La aventura intelectual de Pedro Armillas, visión antropológica de la historia de América*, editado por José Luis de Rojas, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 35-66.

1991 “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en *Pedro Armillas: vida y obra*, vol. 2, editado por Teresa Rojas Rabiela, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 207-232.

BARLOW, Robert H.

1949 *The extent of the empire of the Culhua Mexica*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press.

1990 “Las provincias septentrionales del imperio de los mexicanos”, en *Obras de Robert H. Barlow, vol. 3: los mexicas y la triple alianza*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de las Américas, pp. 173-175.

BRAMBILA, Rosa

1993 “Datos generales del Bajío”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 25, pp. 3-10.

BRAMBILA, Rosa y C. CASTAÑEDA

- 1991 "Arqueología del río Huimilpan, Querétaro", en *Querétaro prehispánico*, coordinado por Ana María Crespo Oviedo y Rosa Brambila, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 137-161.
- 1993 "Estructuras con espacios hundidos", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 25, pp. 73-78.

BRANIFF CORNEJO, Beatriz

- 1972 "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación", en *Teotihuacan, XI Mesa Redonda*, editado por Alberto Ruz L., México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 273-323.
- 1989 "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", *Arqueología*, 2a. época, núm. 1, pp. 99-114.
- 1992 *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

BROWN, Roy B.

- 1992 *Arqueología y paleoecología del norcentro de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

BRUMFIEL, Elizabeth M. y C. D. FREDERICK

- 1991 "Xaltocan: centro regional de la cuenca de México", *Consejo de Arqueología, Boletín* (Instituto Nacional de Antropología e Historia), pp. 24-30.

BUTZER, Karl W.

- 1989 "Haciendas, irrigation and livestock", en *Field trip guide, 1989 Conference of Latin Americanist Geographers*, Austin, Department of Geography, University of Texas at Austin, pp. 91-122.

CABRERO G., María Teresa

- 1989 *Civilización en el norte de México*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

CAMPBELL, Lyle

1979 “Middle American languages”, en *The native languages of native America: historical and comparative assessment*, editado por Lyle Campbell y Marianne Mithun, Austin/Londres, University of Texas Press, pp. 902-1000.

CÁRDENAS, Efraín

1996 “La tradición arquitectónica de los patios hundidos en la vertiente del Lerma medio”, en *Las cuencas del Occidente de México (época Prehispánica)*, editado por Eduardo Williams y P. C. Weigand, México/Zamora, Centre d’Etudes Mexicaines et Centraméricaines/Instituto de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación/El Colegio de Michoacán, pp. 157-183.

CARRASCO PIZANA, Pedro

1950 *Los otomíes, cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, México, Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Antropología e Historia.

CASAS, Gonzalo de las (*sic pro* Guillermo de Santa María)

1968 “Noticia de los chichimecas y justicia de la guerra que se les ha hecho por los españoles”, en *Quellen zur kulturgeschichte des präkolumbischen Amerika*, editado por H. Trimborn, Nueva York/Londres, Johnson Reprint, pp. 123-215.

CASTAÑEDA LÓPEZ, Carlos y Y. CANO ROMERO

1993 “La arquitectura monumental de San Bartolo Agua Caliente”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* núm. 25, pp. 64-72.

CASTAÑEDA LÓPEZ, Carlos, B. CERVANTES, A. M. CRESPO y L. M. FLORES

1989 “Poblamiento prehispánico en el centro-norte de la frontera mesoamericana”, *Antropología*, nueva época, núm. 28, pp. 34-43.

CASTAÑEDA LÓPEZ, Carlos, A. M. CRESPO, J. A. CONTRERAS, J. C. SAINT-CHARLES, T. DURÁN y L. M. FLORES

1988 “Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México, memoria*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 321-355.

CASTILLO FARRERAS, Víctor M.

1974 “‘Matrícula de tributos’, comentarios, paleografía y versión”, en *Historia de México*, vol. 2, coordinado por Ignacio Bernal y Miguel León-Portilla, Barcelona/México, Salvat, pp. 231-296.

CASTRO LEAL, Marcia, C. L. DÍAZ y M. T. GARCÍA

1989 “Los Uacúsechas”, en *Historia general de Michoacán*, vol. 1, coordinado por Fernando Guevara y Marcia Castro-Leal, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán, pp. 193-304.

CIUDAD REAL, Antonio de

1976 *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, 2 vols., editado por Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

COBEAN, Robert H.

1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

COE, Michael D.

1994 *México, from the Olmecs to the Aztecs*, 4ª ed., Nueva York, Thames and Hudson.

CRESPO OVIEDO, Ana María

1976 *Villa de Reyes, S.L.P., un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1991a “Variantes del asentamiento en el valle de Querétaro, siglos I al X d.C.”, en *Querétaro prehispánico*, coordinado por Ana María Crespo Oviedo y Rosa Brambila, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 99-136.

1991b “El recinto ceremonial de El Cerrito”, en *Querétaro prehispánico*, coordinado por Ana María Crespo Oviedo y Rosa Brambila, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 163-223.

1993 “Estructuras de planta circular en el Bajío”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 25, pp. 79-87.

- 1996 “Factores de autonomía y enlace de unidades políticoterritoriales en el valle de Querétaro”, en *Arqueología mesoamericana, homenaje a William T. Sanders*, coordinado por Alba Guadalupe Mastache, Jeffrey R. Parsons, Robert S. Santley y Mari Carmen Serra Puche, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Arqueología Mexicana, pp. 387-397.
- CHEMIN BASSLER, Heidi
- 1984 *Los pames septentrionales de San Luis Potosí*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- DOOLITTLE, William E.
- 1990 *Canal irrigation in prehistoric Mexico: the sequence of technological change*, Austin, University of Texas Press.
- DRIVER, Harold E. y W. DRIVER
- 1963 *Ethnography and acculturation of the Chichimeca-Jonaz of northeast Mexico*, Bloomington, Indiana University.
- GALINDO Y VILLA, Jesús (editor)
- 1980 *Colección de Mendoza o código mendocino, documento mexicano del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Inglaterra*, facsímil de la edición facsimilar de 1925, México, Innovación.
- GALVÁN VILLEGAS, Luis Javier
- 1991 *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- HERRERA, Antonio de
- 1726, 1730 *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, 2ª ed., 4 vols., Madrid, Imprenta Real de Nicolás Rodríguez Franco/Francisco Martínez Abad, Madrid.
- 1944-1947 *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, 10 vols., Asunción de Paraguay, Editorial Guaranía.
- HOPKINS, Nicholas A.
- 1984 “Otomanguean linguistic prehistory”, en *Essays in Otomanguean culture history*, editado por J. Katherine Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins, Nashville, Vanderbilt University, pp. 25-64.

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)
 1988 *Carta de México, topográfica, 1:250 000*, 3ª reimpresión, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- ISRAEL, Jonathan I.
 1980 *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670*, México, Fondo de Cultura Económica.
- JIMÉNEZ BETTS, Peter
 1992 "Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica: una interpretación", en *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México, homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*, coordinado por Brigitte Boehm de Lameiras y Phil C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 177-204.
- KAUFMAN, Terrence
 1974 *Idiomas de Mesoamérica*, Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra/Ministerio de Educación.
- LASTRA DE SUÁREZ, Yolanda
 1984 "Chichimeco Jonaz", en *Supplement to the handbook of Middle American Indians, volume two, linguistics*, Munro S. Edmonson, editor del vol., Austin, University of Texas Press, pp. 20-42.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel.
 1984 *Literaturas de Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública.
- LONGACRE, Robert
 1972 "Systematic comparison and reconstruction", en *Handbook of Middle American Indians, volume five, linguistics*, Norman A. McQuown, editor del volumen, Austin, University of Texas Press, pp. 117-159.
- LÓPEZ MESTAS C., Lorenza, J. RAMOS DE LA VEGA y C. SANTOS
 1994 "Sitios y materiales: avances del proyecto arqueológico Altos de Jalisco", en *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, editado por Eduardo Williams, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 279-295.
- LUCKENBACH, Alvin H. y R. S. LEVY
 1980 "The implications of Nahua (Aztecan) lexical diversity for Mesoamerican culture-history", *American Antiquity*, vol. 45, núm. 3, pp. 455-461.

MALO ZOZOYA, Miguel J.

1972 "Noticia del San Miguel prehispánico", en Francisco de la Maza, *San Miguel de Allende, su historia, sus monumentos*, 2ª ed., México, Frente de Afirmación Hispanista, pp. 149-184.

MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo

1975 "Relaciones entre las áreas lingüísticas y las áreas culturales", en *XIII mesa redonda, balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del norte de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 137-160.

MARQUINA, Ignacio

1981 *Arquitectura prehispánica*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MASTACHE, Alba Guadalupe y R. H. COBEAN

1989 "The Coyotlatelco culture and the origins of the Toltec state", en *Mesoamérica after the decline of Teotihuacan, A. D. 700-900*, editado por Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 49-67.

MEAGHER, Walter L.

1994 *Flora del Bajío y de regiones adyacentes, fascículo complementario V, lista de la flora espontánea del jardín botánico "El Charco del Ingenio"*, San Miguel de Allende, Guanajuato (México), Pátzcuaro, Instituto de Ecología, Centro Regional del Bajío.

MELVILLE, Elinor G. K.

1994 *A plague of sheep, environmental consequences of the conquest of Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press.

MURPHY, Michael E.

1986 *Irrigation in the Bajío region of colonial Mexico*, Boulder, Westview Press.

NALDA, Enrique

1991 "Secuencia cerámica del sur de Querétaro", en *Querétaro prehispánico*, coordinado por Ana María Crespo Oviedo y Rosa Brambila, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 31-56.

NAVA L., E. Fernando

1995a “Los chichimecas”, en *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México, región centro*, México, Instituto Nacional Indigenista, pp. 9-46.

1995b “Los pames de San Luis Potosí”, en *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México, región oriental*, México, Instituto Nacional Indigenista, pp. 281-318.

NAZAREO, Pablo

1940 “Carta al rey don Felipe II”, traducción de Agustín Millares Carlo, en *Epistolario de Nueva España, 1505-1818*, vol. 10, Francisco del Paso y Troncoso, compilador, México, Antigua Librería Robredo, pp. 109-129.

NIETO GAMIÑO, Luis Felipe

1993 “Pipas prehispánicas de Guanajuato”, *Arqueología Mexicana* vol. 1, núm. 5, pp. 61-62.

PATTERSON, Donald y L. F. NIETO GAMIÑO

1986 *Atlas arqueológico, región norte de Guanajuato, proyecto piloto: etapa 1, fase 1, informe no. 5 al Centro Regional Guanajuato, Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 2 vols., San Miguel de Allende (texto inédito).

POLLARD, Helen P.

1995 “Estudio del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes”, en *Arqueología del occidente y norte de México*, editado por Eduardo Williams y Phil C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 29-63.

1996 “La transformación de élites regionales en Michoacán central”, en *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, editado por Eduardo Williams y P.C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán/CEMCA/ORSTOM, pp. 131-156.

POWELL, Philip W.

1977 *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica.

QUEZADA RAMÍREZ, María Noemí

1972 *Los matlatzincas, época prehispánica y época colonial hasta 1650*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- RAMOS DE LA VEGA, Jorge, L. LÓPEZ MESTAS y C. SANTOS
1993 “Conjuntos habitacionales en los sitios del noroeste de Guanajuato”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* 25, pp. 40-49.
- RATTRAY, Evelyn C.
1996 “A regional perspective on the Epiclassic period in central Mexico”, en *Arqueología mesoamericana, homenaje a William T. Sanders*, coordinado por Alba Guadalupe Mastache, Jeffrey R. Parsons, Robert S. Santley y Mari Carmen Serra Puche, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Arqueología Mexicana, pp. 213-231.
- RODRÍGUEZ LOUBET, François
1985 *Les Chichimeques, archéologie et ethnohistoire des chasseurs-collecteurs du San Luis Potosí, Mexique*, México, Centre d’Etudes Mexicaines et Centraméricaines.
1988 *Artefactos líticos del estado de Guanajuato*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ROJAS RABIELA, Teresa (editora)
1991 *Pedro Armillas: vida y obra*, vol. 1, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- RUIZ MEDRANO, Ethelia
1991 *Gobierno y sociedad en Nueva España: segunda audiencia y Antonio de Mendoza*, Zamora/Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.
- SAINT-CHARLES ZETINA, Juan Carlos y M. ARGÜELLES GAMBOA
1991 “Cerro de la Cruz, persistencia de un centro ceremonial”, en *Querétaro prehispánico*, coordinado por Ana María Crespo Oviedo y Rosa Brambila, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 57-97.
- SÁNCHEZ CORREA, Sergio A.
1993 “Comentarios sobre algunos sitios arqueológicos localizados al suroeste de Guanajuato”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 25, pp. 52-57.

SANDERS, William T.

1989 "The concept of the Epiclassic: a critique", en *Mesoamérica after the decline of Teotihuacan, A.D. 700-900*, editado por Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 209-218.

SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de

1680 *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe*, México, Viuda de Bernardo Calderón.

SOUSTELLE, Jacques

1993 *La familia otomí-pame del México central*, México, Fondo de Cultura Económica.

STANISLAWSKI, Dan

1947 "Tarascan political geography", *American Anthropologist*, vol. 49, núm. 1, pp. 46-55.

SUGIURA YAMAMOTO, Yoko

1996 "El Epiclásico y el problema del Coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca", en *Arqueología mesoamericana, homenaje a William T. Sanders*, coordinado por Alba Guadalupe Mastache, Jeffrey R. Parsons, Robert S. Santley y Mari Carmen Serra Puche, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Arqueología Mexicana, pp. 233-255.

SWADESH, Morris

1956 "Algunas fechas glotocronológicas importantes para la prehistoria nahua", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo 14, primera parte, pp. 173-192.

1972 "Lexicostatistic classification", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 5, editado por Norman McQuown, Austin, University of Texas Press, pp. 79-115.

VIRAMONTES ANZURES, Carlos

1993 "La integración del espacio entre grupos de recolectores cazadores en Querétaro", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 25, pp. 11-16.

WEIGAND, Phil C.

1993 *Evolución de una civilización prehispánica: arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

WRIGHT, David

1988a *Conquistadores otomíes en la Guerra Chichimeca, dos documentos en el Archivo General de la Nación*, Querétaro, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro.

1988b “La vida cotidiana en Querétaro durante la época Barroca”, en *Querétaro ciudad barroca*, Querétaro, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro, pp. 13-44.

1989a “Guanajuato”, en *Field trip guide, 1989 Conference of Latin Americanist Geographers*, Department of Geography, University of Texas at Austin, Austin, pp. 125-154.

1989b *Querétaro en el siglo XVI, fuentes documentales primarias*, Querétaro, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro.

1993 “La conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel de Allende”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo 36, pp. 251-293.

1994 “La colonización de los estados de Guanajuato y Querétaro por los otomíes según las fuentes etnohistóricas”, en *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, editado por Eduardo Williams, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 379-411.

1997 “El papel de los otomíes en las culturas del Altiplano Central: 5000 a.C.-1650 d.C.”, *Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 72, pp. 225-242.

ZAMUDIO R., Sergio, J. RZEDOWSKI, E. CARRANZA y G. CALDERÓN DE RZEDOWSKI

1992 *La vegetación del estado de Querétaro, panorama preliminar*, Pátzcuaro, Instituto de Ecología, Centro Regional del Bajío.

ZANTWIJK, Rudolf A. M. van

1969 “La estructura gubernamental del estado de Tlacupán (1430-1520)”, en *Estudios de cultura náhuatl*, vol. 8, pp. 123-155.